

Dos Testamentos

Hace pocos días leíamos en la sección de "Micellaneas" de un gran diario madrileño una noticia procedente de Londres. Era simplemente, la noticia del extravagante testamento dejado por un honorable subdito de Su Graciosa Mejestad con el siguiente texto:

"Dejo todos mis bienes a mis hijos. Que me entierren pronto, que me molesten lo menos posible y que hagan lo que les de la gana."

Por una vez sentimos que no nos guste el "humour" inglés. Porque esto no strajo a la memoria la reciente perdida de un gran amigo de AMBIENTE y nuestro, don Enrique Friend, de cuyo testamento, publicó en "Eclesia", queremos dar unos párrafos:

"El Señor ha llamado a su siervo ingrato mil veces, pero siervo de Dios y por su misericordia. El habrá usado de ésta e el fin, como hizo durante mi vida. En sus manos encomiendo mi espíritu, mi queridísima mujer y mis hijos. No se ha agotado la mano de Dios, y El, que tan pródigo fué conmigo en mi vida, no abandonará a los que El me dió y usará de su Providencia para con nosotros. Nunca, nunca, desconfies de ella. Quiero que a mi muerte todo sea cristiano. El entierro, el velatorio, las lágrimas, el dolor. Que no lloremos a los que mueren en el Señor como si no tuvieramos esperanza. Unidos a El en la Comunión, os uniréis a Aquél en cuyas manos benditas estoy. Hasta pronto en el cielo Allí os espera."

* * * *

Sí. Hay una diferencia. No tanto en el vivir como en el morir. Pero es en el morir cuando se conoce a los hombres; hay hombres que han vivido con belleza y han muerto con miseria. Hay hombres que vivieron podridos y que se redimieron en una hermosa muerte.

nico de tan original testamento. Nosotros, que amamos la caridad, la limpieza de las cosas y la gallardía ante el destino, no confundimos el valor ante la muerte con su desconocimiento.

Hay en el testamento de don Enrique Friend una hermosa lección de serenidad. ¿Y no es, acaso, la serenidad lo que el hombre busca en su fatigado e inquieto caminar bajo las estrellas? La serenidad, que es la paz. Todos sentimos una noble envidia ante una tan hermosa muerte. Ante un hombre que sintió aproximarse el fin y que tuvo limpio y preparado su espíritu, el equipaje de su vida, para ese gran viaje del que no se vuelve. Para el que tuvo la serenidad de pedir cristianidad... hasta en las lágrimas. Para el que tuvo valor para ocuparse de los menores detalles de su entierro y quiso un ataúd negro y sencillo con sólo un Cristo a la cabecera; y una mortaja de orden religiosa o una simple sábana; y una esquela pequeña, en un sólo periódico, con sólo dos indicaciones: "Socio de Acción Católica" e "ingeniero de Caminos." Sin coronas; un funeral sencillo, con el santo Rosario en casa durante los nueve días siguientes a su muerte. . .

* * * *

Que conmovedora lección de bien morir nos ha dado Enrique Friend, tan caballero siempre sonriendo siempre incluso a través de las líneas de este testamento que la elogiabile indiscreción de sus amigos ha revelado al público!

Uno no sabe que decir. Uno quisiera, simplemente, repetir una y cien veces las palabras de Enrique Friend. Y también las del británico excéntrico; sí. Aunque sólo sea para comparar. Aunque sólo sea para extraer la consecuencia de una lección. La diferencia que hay entre entregarse a Dios... o hacer una pirueta. Una boba pirueta sin gracia, al borde mismo de la eternidad.